

EL MISTERIO DE ARLENE

*tres amigos y
un fantasma*



- Susana Vallejo -





© del texto, Susana Vallejo
© diseño e ilustración de cubierta, Victoria Fernández
© Ediciones DiQueSí
28022-Madrid
www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com

Dirección editorial: María J. Gómez
Diseño: Estelle Talavera
ISBN: 978-84-941615-9-9
Depósito Legal: M-31143-2015
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2015

Impreso en España por CYAN, Servicios Editoriales, S.L.

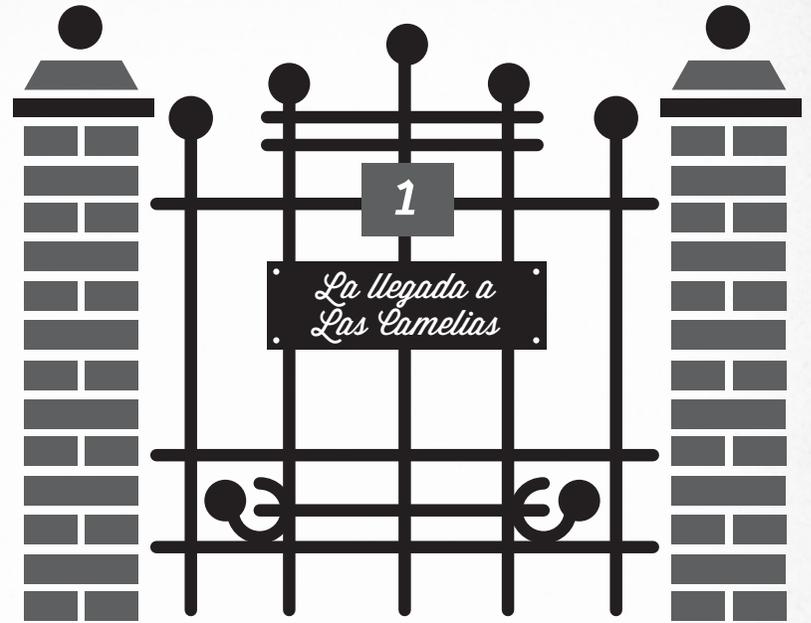
Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso previo del editor

PARA VICKY Y SERGI, QUE ME HAN INSPIRADO ALGUNOS DE LOS PERSONAJES
PRINCIPALES. Y PARA TODAS LAS ESCOLAPIAS DE CARABANCHEL. CON UN INFINITO
CARIÑO PROCEDENTE DE UN LUGAR EN EL QUE NO EXISTE EL TIEMPO.

Después de tantos años, recuerdo con nitidez hasta el último detalle de Las Camelias. Como si yo fuera un fantasma más entre sus muros, cuando cierro los ojos, huelo el aire de sus lilos en primavera, y la tierra seca y la piedra caliente del verano. Veo el dibujo complicado de sus rejas oxidadas de la entrada y las paredes de viejo ladrillo del edificio antiguo. Es como si tocara la pintura gris que se saltaba de las columnas de metal de la biblioteca o como si sintiera la suavidad de la puerta de madera de la capilla abandonada. Huelo el frío de los pasillos en invierno y oigo el crujir de las hojas del jardín en otoño.

Viví los años más importantes de mi vida en Las Camelias y allí hice mis mejores amigos. Amigos vivos y amigos muertos.

Pase lo que pase, nunca olvidaré todas las aventuras que vivimos en Las Camelias. Juntos. Los cuatro mejores amigos del mundo.



La primera vez que atravesé los muros de Las Camelias tenía trece años. Iba de copiloto en el coche con mi madre y no derramé ni una sola lágrima.

Ya había llorado bastante durante toda la noche.

Me mandaban a un internado por primera vez en mi vida y no me hacía ninguna gracia alejarme de mi madre, de mis amigos y de mi ciudad.

La antigua verja de Las Camelias se abrió, como si se tratara de unas fauces hambrientas y el internado nos devorase con ansia. Me fijé en la decoración barroca de sus rejas, en las flores y los tallos que algún artista habría forjado con esmero. Luego atravesamos un bosque de pinos y abetos, sombrío y salvaje, y después, un amplio jardín luminoso y lleno de rosas.

Entonces no tenía ni idea de que en Las Camelias iba a encontrar a mis mejores amigos y que uno de ellos sería, nada más y nada menos, un fantasma.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Vamos por partes, como mi padre decía que tengo que hacer las cosas: poco a poco y empezando por el principio.

Yo soy Alejandra, pero todos me llaman Álex, y aquel primer día en Las Camelias mi madre aparcó el coche junto a la puerta principal. Yo me quedé mirando la fachada.

El edificio de ladrillo era mucho más viejo que lo que parecía en las fotos que había visto en internet. Una escalinata se abría ante nosotras.

—Álex, anda, ayúdame con esta bolsa. —Mi madre sacó mi equipaje del maletero y yo agarré una mochila que pesaba una barbaridad.

Subimos las escaleras y la directora en persona, Ana María Guevara, salió a recibirnos.

La Sra. Guevara era más joven de lo que me pensaba. Vestía unos pantalones marrones y una chaqueta de estilo inglés, y llevaba recogida su melena con una sencilla coleta. Sonreía mucho. Demasiado. Se parecía a las amigas de mamá cuando se vestían para el fin de semana: de un falso aire campestre inglés que apesataba a ropas de marca *superpijas*.

La Sra. Guevara nos hizo pasar a su oficina y explicó a mi madre algunos detalles que yo ya había leído en la web, así que no le hice mucho caso.

Me dediqué a mirar las fotografías antiguas que adornaban su despacho. Eran imágenes en blanco y negro de Las Camelias. Estaba la fachada del edificio, con esa misma escalinata que acababa de subir, pero flanqueada por una especie de ma-

ceteros de piedra que le proporcionaban un aspecto como de mansión *muuuu* antigua. Había fotos del jardín, con una fuente y unos bancos de mármol que yo no había visto por ninguna parte; de aulas con unos pupitres enormes de madera. Una de un dormitorio gigantesco, con más de treinta camas alineadas, una junto a la otra... Pero lo que más abundaban eran fotografías de alumnos. Clases y grupos de alumnos y alumnas, algunas en color, ya amarillento, como si le hubieran puesto un filtro de Instagram. Otras, en blanco y negro, de niñas con un uniforme que parecía del año de la *nana*.

Hasta ese momento no me di cuenta de la cantidad de alumnos que habían pasado por allí a través de los años, y ahora yo me convertiría en uno más. Me harían una foto que envejecería colgada en aquella pared y, muchos años después, alguien la contemplaría igual que yo estaba mirando a todos aquellos niños y niñas que ya no serían jóvenes nunca más.

Mi madre estaba haciendo unas cuantas preguntas cuya respuesta ya conocía, así como para quedar bien. Y la Sra. Guevara le contestaba con respuestas destinadas a proporcionar sensación de seguridad a los padres, que debía haber repetido veinte mil veces a veinte mil padres en veinte mil ocasiones como aquella.

—¿Quiere que le enseñe su dormitorio? —preguntó con amabilidad a mi madre.

—No hace falta, en internet ya he visto todos los tipos de habitaciones...

Mi madre se levantó de repente y la señora Guevara la acompañó hasta la puerta.

Mamá me dio la mano y fuimos hasta la entrada principal.

Y allí estábamos las dos, junto al coche. Y yo solamente podía pensar en que me iba a quedar sola. Sola de verdad por primera

vez en mi vida. No como cuando mi madre me dejaba sola en casa. Ahora estaría sola, completamente sola, durante meses.

La Sra. Guevara se quedó en la puerta viendo cómo nos despedíamos.

—Tesoro, te voy a echar mucho de menos. Ya verás como el tiempo pasa muy rápido. Enseguida llegará Navidad y entonces vendré a verte...

Yo solo pensaba: “No voy a llorar. No voy a llorar. No quiero que nadie me vea llorar”.

—Este sitio es genial, ya lo verás. Lo pasarás estupendamente.

Mi mamá me abrazó y yo olí su perfume, ese que me recordaba a las naranjas y a las mandarinas. Me besó en la cabeza, como siempre hacía, y se fue hacia el coche.

Vi cómo se metía en él y arrancaba. Entonces, reconozco que estuve a puntito de llorar. Pero me mordí el labio y me aguanté las ganas.

Mi madre me dijo adiós con la mano desde la ventanilla y se alejó.



Me quedé allí, de pie, hasta que el coche se perdió de vista en la primera curva del bosque.

Navidad quedaba muy lejos.

Por primera vez en la vida estaba sola. Ya no estaría mi madre conmigo, aunque solo la viese por las noches y, con lo que viajaba, ni siquiera todas. Ni Lali, la chica que me cuidaba y limpiaba la casa. Ni mi padre, al que veía poco, por no decir poquísimo. Ahora me habían metido en ese internado y estaría sola.

Suspiré y me volví despacio hacia la entrada. En la escalinata me encontré con la mirada curiosa de una niña que debía tener mi edad. Vestía unos vaqueros desgastados y una camiseta.

—Beatriz, enséñale Las Camelias a Álex. ¡Gregorio! —gritó la Sra. Guevara.

Un hombre rechoncho apareció de la nada.

—Recoge el equipaje y llévalo a la cuarta planta, por favor.

Cuando pienso en Bea, sigo viendo a aquella niña que me encontré por primera vez en las escaleras de Las Camelias. Delgada, con el pelo negro recogido en una coleta, con aquellos ojos oscuros y grandes con los que me recorrió de arriba abajo.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Álex.

No le extrañó demasiado.

—Yo soy Bea. Nada de Beatriz, ¿eh?... Ven conmigo, te enseñaré todo lo que hay que ver. ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—Entonces, ¿estarás en Segundo? —Yo asentí—.

Pues es casi seguro que iremos a la misma clase. Luego lo miramos en las listas... Esta —señaló el edificio—, es la parte antigua. La nueva está detrás. Pero primero vamos al jardín. Es lo más chulo... O al menos es la parte que a mí me gusta más.

Atravesamos juntas, sin decir nada, el aparcamiento y el camino de tierra que conducía al jardín. Había una pequeña pendiente.

—De aquí —dijo mientras señalaba el emparrado que cubría la cuesta—, salen uvas en octubre o así, luego nos las ponen en el comedor, pero a mí me dan mucho asco. No me gustan nada... ¿Por qué te dejan aquí tus padres? —preguntó de pronto.

BEA



—Mi madre. Mis padres están divorciados. Vivo... vivía —me corregí—... con mi madre. Le ha salido un trabajo en Nueva York.

—¿En Nueva York! ¡Qué pasada!

—... Y dice que yo estaré aquí mejor, en mi país. Que si luego a ella le va bien allá, nos iremos juntas a vivir a Estados Unidos.

—¡Vaya! ¡A América! ¿Y a ti te apetece irte a América?

Me quedé parada. Bea era la primera persona que me lo preguntaba. Nadie lo había hecho hasta ahora. Mi madre daba por hecho que, como decía ella, vivir en los Estados Unidos sería una “pasada”. Daba por hecho que yo estaba deseando irme a vivir a la ciudad de los rascacielos. Incluso mi padre, cuando me habló de ello por teléfono, lo dio por hecho.

Nadie me lo había preguntado nunca.

Otra vez me dieron ganas de llorar.

—Nueva York es una ciudad chulísima... —dije sin demasiada emoción.

—Ya —me interrumpió—, pero ¿tú quieres irte a vivir allá?

La miré a los ojos. No vi en ellos más que una sincera curiosidad. Y supongo que porque entonces Bea era una completa desconocida, no me dio vergüenza decirle la verdad. Esa verdad que no había podido decir a nadie.

—No. No quiero irme. Hubiera preferido quedarme en Madrid... Aunque sea con mi tío, que es muy majo. Nueva York es una ciudad muy chula, es verdad. —Me acordé de las tiendas que había visitado en agosto, de la ropa, los caramelos, las inmensas jugueterías, del parque, de Broadway... —. Pero no quiero irme allí. Por mucho que me digan que es una gran oportunidad y que se me abrirán muchas puertas y bla bla bla... ¡No quiero irme!

—A lo mejor a tu madre no le sale bien lo del trabajo ese y se tiene que volver...

—No lo creo. En todos sus trabajos siempre le ha ido muy bien. Trabaja mucho...

—Bueno, ¡nunca se sabe! Pueden pasar muchas cosas. —Me dio la impresión de que cambiaba de tema para no entristecerme—. ¿Y tu padre? ¿Dónde está?

—En Alemania. Trabaja en Colonia desde hace años.

Bea se quedó pensativa.

—Tu madre en Nueva York y tu padre en Alemania. Resulta que vas a ser una de esas pijas...

La miré de arriba abajo. Ella llevaba unas viejas deportivas que no eran de marca. Ni su pantalón, ni su camiseta lo eran. Así, a ojo, calculé que mi calzado costaría cinco veces lo que el suyo. Yo lo había comprado en Nueva York. En agosto estuve veinte días allí y mi madre había aprovechado para comprarme un montón de ropa.

Bea me acababa de llamar “pija”. Pero no me dio la impresión de que lo hubiera dicho para ofenderme. Me estaba sonriendo y más bien parecía que solamente confirmaba un hecho. O algo así.

—Pero —continuó—, aun siendo pija, pareces maja. Espero que no te juntes con los idiotas de los más pijos.

—¿Cómo son?

—Como tú, con padres muy ocupados trabajando en sitios lejanos. Ropa carísima, marcas hasta en las bragas, aires de superioridad y preocupaciones existenciales muy grandes como con qué combinar unos vaqueros o qué ponerse en el pelo. Son los que miden a los otros por lo que llevan puesto y no por lo que son...

Entonces me acordé de Jimena. La imbécil de Jimena. Mi madre me había obligado a ir con ella y ser su amiga. Decía que sus padres tenían unos contactos que nos irían muy bien y que tenía que hacerme amiga suya como fuera. Yo lo intenté, pero me ignoraba. Mis padres no eran amigos de sus padres, ni de los ami-

gos de sus padres, y una vez se rio de mí porque llevaba unos vaqueros anchos que yo pensaba que estaban de moda, pero ella dijo que eso ya solo lo llevaban los pobres. A partir de entonces ella y sus amigos me empezaron a llamar “la pobretona”. Y me lo decían como si fuera un insulto muy gordo. Un día llegué llorando a casa. Se lo conté a mi madre y ese mes contrató un chófer para que me llevara al colegio todos los días.

Nunca más volvieron a llamarme nada. Y, de hecho, acabaron aceptándome en su grupo. Pero Jimena me seguía pareciendo una imbécil malcriada e insoportable. Solo la aguantaba porque mi madre quería acceder a sus padres, que tenían como amigos a algunos políticos que quería conocer... Bueno, y porque a veces decía cosas divertidas que me hacían reír.

Y, en ese momento, en Las Camelias, me di cuenta de lo que significaba estar sola. Mi madre no estaría allí cada día, dándome la lata sobre con quién debería juntarme y con quién no. Por primera vez en mi vida iba a poder decidir un montón de cosas. Estar sola también podía tener sus ventajas. Y no iba a tener que aguantar a ninguna idiota solo porque mi madre lo dijera.

—No quiero ser amiga de los pijos más imbéciles —le dije.

—Yo tampoco.

Bea me resultaba simpática. ¡No podía evitar que me cayese bien!

—A lo mejor sí que soy pija, pero no soy imbécil.

—Eso me está pareciendo.

Me ref. Y ella se rio conmigo.

Y supongo que en aquel momento empezamos a ser amigas.

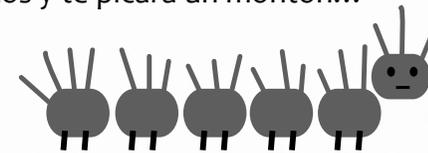
Muchas veces me pregunto qué es lo que hace que alguien te caiga bien o no, así, nada más conocerla. Y Bea, sin saber por qué, me había caído bien. Me sentía a gusto con ella.

—Anda, enséñame Las Camelias.

Recuerdo aquel primer paseo por la finca como si fuera ayer. Entonces todavía no lo sabía, pero Bea era la hija de Gregorio, el conserje rechoncho. Se había criado en Las Camelias y era la mejor guía que hubiera podido tener. Ella conocía el internado como nadie. Los alumnos pasaban allí meses enteros, pero Bea vivía entre aquellos muros desde que tenía tres años.

Cuando bajamos la cuesta del emparrado llegamos al jardín.

—Esta es la parte más antigua del parque. Antes había una fuente y bancos, pero ahora solo quedan algunos restos. Pero es un sitio genial porque te puedes sentar a la sombra... Bueno, ahí no, que en primavera el pino cría procesionarias y toda esa parte se llena de bichos. Si te sientas por ahí antes de que fumiguen, te llenarás de granitos y te picará un montón...



GUSANO PROCESIONARIO

Había dicho “pino”, pero lo que teníamos delante era un abeto gigante, enorme. Nunca había visto uno tan grande. Sus raíces sobresalían del suelo y entre las dos no hubiéramos podido rodear el tronco con las manos.

—Dicen que tiene más de cien años. Antiguamente el bosque llegaba hasta aquí, pero luego convirtieron toda esta parte en un jardín y una huerta. Ahora la huerta está más bien abandonada... Seguro que este año nos hacen arreglarla otra vez y plantar alguna cosa. ¡Todos los años es lo mismo! Plantaremos lechugas, patatas, cebollas, ajos, tomates...

No me veía yo plantando patatas.

—Allí está la cochera —señaló—. Era el sitio donde antes se guardaban los carruajes, y luego el autocar. Pero ya no hay autocares. Todo el mundo tiene coche. Mañana esto estará a tope, ya lo verás. Con todos los padres que traen a sus hijos, esto se llenará de gente... A mí me gusta más así, vacío y solitario. Todo para nosotras. Y al lado está la antigua capilla, la ermita. Siempre está cerrada. Hace tiempo se hacían misas y eso, pero ya no. Y por allí, andando unos diez minutos, están los olivos. Justo donde empieza el bosque.

Miré hacia la arboleda.

—Cuando he llegado no me había parecido tan grande.

—Uff, ¡es un bosque enorme! Y antiguamente lo era aún más. Andando, hasta la puerta, hay más de veinte minutos. En coche parece solo un momento, pero... Cuando oscurece da miedo y todo.

Hasta ese momento no me había planteado lo de las noches. Imaginar aquello, a oscuras, daba miedito.

—Y ¿hay animales?

Bea asintió. Y al ver mi cara de susto, me tranquilizó.

—¡No son peligrosos, Álex! Hay zorros y eso, pero ni siquiera hay jabalíes. No pueden entrar, la valla los deja fuera.

Recordé la verja y los amplios muros de ladrillo que rodeaban la finca de Las Camelias. Me imaginé los jabalíes fuera. Yo no era una chica de campo. Siempre había vivido en ciudades e imaginar animales salvajes tan cerca me dio cosa. ¿Qué más podría vivir al otro lado de aquel muro?

—¿Y no hay más puertas por donde se puedan colar?

—Hay una en el muro, cerca de los olivos. Pero no se usa. Es muy antigua y siempre está cerrada. La puerta principal es la de la verja, atravesando el bosque. Y luego está la de atrás, que lleva al antiguo camino del pueblo. Pero tampoco la usa casi nadie.

De repente me volví a sentir triste. Por lo que parecía, Las Camelias era precioso, sí. Pero yo estaba allí sola, en aquella finca enorme. Prisionera entre sus altos muros.

—¿Quieres ver el bosque?

—Bueno.

—Te voy a enseñar lo más divertido.

Atravesamos el jardín y luego cruzamos la carretera que se internaba en el bosque y conducía hasta la puerta principal. No muy lejos de la carretera había un gran tronco caído. Bea se acercó hasta él.

—Siéntate aquí... —Señaló una hendidura en el tronco.

De cerca me fijé en que era de un curioso color gris y brillaba. Era como si cientos de personas se hubieran sentado en ese mismo sitio, y del roce de unos y otros, a lo largo del tiempo, se hubiera quedado pulido y brillante.

Bea se dirigió hacia el otro extremo del tronco, se sentó y empezó a mecerse. El tronco tenía una forma parecida a la de una barca. Yo subía y bajaba, como si fuera un columpio o un balancín. Empecé a hacer fuerza también, desde mi lado, y el tronco subió mucho más.

Las dos nos reímos como si fuéramos pequeñas.

—¡Esto es mejor que los columpios! —gritó.

Luego se puso en pie para hacer más fuerza y saltó sobre su parte del tronco. Yo también me levanté, y las dos saltamos como locas hasta quedarnos sin aliento.

—¡Esto es muy chulo!

—¿A que sí!? Solo tienes que tener cuidado para no pillarte el pie, allí. —Señaló un hueco que dejaba el tronco cerca del centro.

Luego nos sentamos las dos sobre el tronco, más cerca del centro. Ella empezó a mecerse. El tronco seguía levantándose,

pero ahora de forma mucho más ligera. Era muy relajante, casi como una mecedora.

—Esto está bastante bien —dijo, señalando alrededor—. Y puedes salir los fines de semana si vienen tus padres a por ti.

—Nadie va a venir a por mí. Hasta Navidad.

Bea guardó silencio unos momentos. Solo se oía el tronco balanceándose y las hojas de los árboles que nos rodeaban, susurrando, acariciadas por la brisa.

—Tú por lo menos tienes una madre. Es una suerte. La mía se murió hace ya tres años. La echo mucho de menos.

—Lo siento —le contesté. Aunque en realidad no sabía qué podía decir. Yo me sentía desgraciada porque no vería a mi madre en más de tres meses y ella ya no la vería nunca.

Estuvimos un rato allí, dejando pasar el tiempo, entre el sol y la sombra de los árboles. El verano estaba terminando y no hacía frío ni calor.

—Se está muy bien aquí.

—Se está bien en Las Camelias, ya lo verás.

Cerré los ojos y dejé que la calidez del sol me acariciase.

—Me podría quedar así para siempre.

—Como los fantasmas de Las Camelias.

—Venga, ¡no me tomes el pelo!

—¡Pero si es verdad! Cuentan muchas historias sobre Las Camelias. Leyendas de niñas muertas que vagan por el jardín y por la parte vieja. Dicen que cuando se mueven esos lilos de allí es porque el espíritu de Verónica pasea por el jardín... Y dicen que ese, ese banco entre los lilos, era su lugar favorito.

—¿Me... quieres meter miedo? ¡Eso no son más que tonterías!

—Ja, ja, ja. ¡Ya lo sé! Pero es que me encantan las historias de miedo y de fantasmas.

—¿Sabes? En mi colegio también contaban historias de Verónica. Que si a medianoche decías su nombre y te mirabas en el espejo a la luz de la luna, se te aparecería; que si vagaba por las clases de noche preguntando por no sé qué examen... Pero Jimena, que había estado en otro colegio, decía que allí también contaban historia del fantasma de Verónica.

—¿Quién es Jimena?

—Una imbécil de mi colegio.

—Pues tal y como lo has dicho sonaba como si fuera amiga tuya.

—... Sí, bueno, lo era... un poco. Pero es imbécil.

—Aquí también vas a conocer a un montón de imbéciles.

—Tú no eres imbécil.

—Eso es verdad. Soy “más maja que las pesetas”, como decía mi madre. Pero no soy muy popular que digamos —se rio—. Venga, ven que te enseñe un poco más del bosque.

—¿Sabes, Bea? Si yo fuera un fantasma mi lugar favorito sería este. Aquí, junto al tronco. Se ve el jardín, el bosque... Da el solcito. Es un sitio perfecto.

—En Las Camelias hay muchos otros sitios perfectos.

—¡Enséñamelos todos!

Bea me llevó hasta el bosque. Anduvimos bordeando la carretera por la que había llegado con mi madre y después se internó en una senda.

—Ven, este camino nos llevará hasta el muro.

Nos rodeó un viejo bosque de robles. Reconocí esos árboles porque había hecho un trabajo para el cole y tienen unas hojas muy particulares. Pero nunca había visto tantos robles juntos. También había abetos y otros árboles que no tenía ni idea de cuáles eran.

—Esta es la parte más nueva del bosque. Hacia allá —señaló—, es más cerrado y ni siquiera se puede ir en coche... A veces voy con mi padre porque hay que recoger las piñas y las ramas caídas que usamos luego para hacer leña.

Cruzamos el bosque hasta alcanzar el muro que rodeaba Las Camelias. Era más alto que un hombre y estaba coronado por una verja de hierro. Después fuimos caminando junto al muro hasta volver al edificio principal. Bea me enseñó el comedor, pero estaba casi vacío.

—Esos son los profesores. Siempre se sientan allí, aparte. Los alumnos comemos aquí.

Una señora bastante mayor y más bien gorda nos trajo un par de bandejas con la comida.

—Los demás días tendremos que ir nosotras a por los platos, pero hoy es especial.

Comprobé que la comida era igual de mala que la de mi colegio. Aunque las patatas fritas estaban muy buenas, y la lechuga también.

Después de comer, por fin, nos ocupamos del asunto de las habitaciones.

Los dormitorios estaban en la cuarta planta del edificio de la parte moderna. Ya sabía que tendría que compartir habitación. En la web explicaban que intentaban poner a las amigas juntas. Pero yo no conocía a nadie ni tenía ninguna amiga. Excepto a Bea, claro.

—Yo duermo al final del pasillo. Es la mejor habitación... ¡Ven que te la enseñe! El sol entra por ahí y de día tiene mucha luz, pero no hace tanto calor como en esas de aquel lado. —Señaló enfrente—. Y además, el saloncito es más grande que los otros porque pilla la esquina...

Bea abrió la última puerta del pasillo. Vi un saloncito, parecido al que mostraban las fotografías de la web. Había un sofá muy sencillo, unas sillas, una mesita baja y otra tipo escritorio.

—Aquí está el lavabo... Y aquí las literas. Yo duermo abajo.

Miré por la ventana. Se veían los columpios de la parte más moderna.

—La Sra. Guevara aún no ha hecho el reparto definitivo de dormitorios. Siempre hay cambios a última hora. ¿Quieres compartir la habitación conmigo?

Asentí con un gesto sin pensármelo ni un momento.

Siempre me había hecho ilusión dormir en literas.

—¿Me puedo quedar con una de las de arriba?

—¡Pues claro! Eres la primera en llegar y puedes elegir.

Me gustaba la que estaba más cerca de la ventana.

—¿Dónde están mis cosas? Tengo que poner a cargar el móvil. Ayer por la noche se me olvidó y esta mañana ya estaba sin batería.

—Mi padre lo ha dejado todo allí, en el pasillo.

Fuimos a por mis cosas y enchufé el móvil. No tenía ningún mensaje.

La tarde se me pasó volando. Estuve un buen rato colocándolo todo y deshaciendo el equipaje. Cuando acabé, descubrí a Bea en bañador.

—¿Quieres que vayamos a la piscina?

—¡Claro!

—Hoy es el último día de piscina —me explicó mientras bajábamos las escaleras—. A partir de mañana solo se usará para las clases de natación. Pero en verano es casi para mí sola... Bueno, en septiembre llegan algunos profesores, pero todos van cuando hace mucho sol. Yo prefiero ir por la tarde.

Era una piscina cubierta, pero habían dejado abiertas la puertas que conducían a un patio. En el suelo extendimos las toallas.

Después descubrí que aquellas puertas nunca se abrían. Durante el curso todo estaba cerrado y no se podía salir al patio.

Me metí un montón de veces en el agua y estuve charlando con Bea de mil y una tonterías.

Antes de cenar nos fuimos a cambiar y entonces vi que la imbécil de Jimena me había etiquetado en una foto que había colgado en Instagram. Era una imagen de la ropa que se iba a poner mañana, en su primer día de colegio.

Se lo enseñé a Bea.

—Es una camiseta de esa marca que tanto se lleva y unos shorts muy cortitos... Las pijas de aquí se ponen lo mismo. ¿Tú no tienes shorts, Álex?

—No me gustan los pantalones tan cortos.

—A mí tampoco.

—Yo no soy como ellas —añadí después.

—¿Yo tampoco! —Bea se rio—. ¿Por qué no le mandas tú una foto?

—¿De qué?

Entonces miré por la ventana. Estaba atardeciendo y el cielo era naranja y azul.

Saqué el móvil para hacer una foto, pero Bea me lo impidió.

—Espera... Te voy a enseñar dónde están las mejores vistas. —Dejamos nuestra habitación y salimos al pasillo. Me señalé una puerta de metal—. Son las escaleras de emergencia.

Abrió la puerta y se coló por el pasillo una ráfaga de aire que olía a campo y a bosque. La puerta conducía a una especie de rellano de metal. Bea se sentó en el primer escalón y yo me quedé en pie, a su lado.

Desde allí se veía el atardecer en todo su esplendor. Abajo estaban los columpios, y a la derecha, una pista de baloncesto. A la izquierda estaba la cochera, la capilla y parte del jardín, los huertos medio abandonados y el nacimiento del bosque. Pero lo más bonito era el cielo: azul y naranja, con unas nubes casi moradas... Olía a verano; al final del verano.

Hice una foto del atardecer. Quedó preciosa. “Este es mi nuevo colegio”, tecleé. Y etiqueté a Jimena para asegurarme de que la vería.

¿Sabéis qué recuerdo de la primera noche en Las Camelias? ¡Pues nada!

Después de cenar me lavé los dientes y subí a la litera. Me tapé con las sábanas pensando en que no podría dormir. Que aquella era la primera noche de un montón de noches más que estaban por llegar. Que esa era ahora mi habitación y que tendría que compartirla con otras desconocidas y con Bea durante meses. Que nunca había compartido habitación con nadie, excepto en algunos viajes, en los hoteles, con mi madre. Recuerdo que las sábanas olían un poco como a polvo y a viejo, a años, pero me arropé con ellas. Creí que no podría dormir porque estaba un poco nerviosa y, de repente, ¡ya era de día!

El sol se filtraba por las rendijas de la persiana y yo había dormido como un tronco.

Una nueva vida me esperaba en Las Camelias.